

ca; y ya fría la hoja, la sacaban y observaban si se había torcido ó volteado alguna cosa.

En este caso echaban un poco de arena sobre el yunque, y puesta encima la hoja con la piqueta en frío, después de revenida, golpeaban con tiento y cuidado la parte cóncava de la tal vuelta, continuando la operación por todo lo largo hasta que la hoja quedaba perfectamente derecha. Después volvía al fuego, participando de él sólo aquella quinta parte que antes no lo recibió, y ya fogueada, ó cuando quería hacerse ascua, la tomaban con las tenazas por la espiga, daban una pasada de sebo de carnero ó macho en rama, ó sin derretir, y al punto comenzaba á arder lo untado, dejándolo así hasta que se apagara y enfriase. Con esta operación quedaba el temple perfeccionado de manera que la hoja nunca brincaba ni se dóblaba.

Además del agua del Tajo tenían á la mano los antiguos armeros para la forja, según va dicho, la arena de sus márgenes, y cuando la masa de acero y hierro estaba hecha ascua y bien caldeada como debía por la perfecta unión y solidez, comenzaba á disparar algunas chispas brillantes como estrellas. Entonces la apartaban del fuego, y la arrojaban un poco de arena, con lo cual cesaban las chispas, pasando luego al yunque y martillo. Esta maniobra se repetía hasta la más completa fusión de los metales.

SISTEMA MODERNO

El sistema moderno de fabricación es casi idéntico al antiguo. Sólo difiere en que, para el forjado, la repetida arena de las riberas del Tajo se sustituye con el polvo sutil que produce el légamo, rebaba ó lodo del desgaste de las piedras de amolar, después de seco. Y en cuanto al temple de las espadas, luego que están enrojecidas por el fuego, las meten horizontalmente y de corte en una caja de madera llena de agua. En estando frías las sacan, y para el revenido, en lugar de sebo en rama, se usa el jabón.

Varias son las *objeciones* que presenta un escritor contemporáneo contra este nuevo procedimiento, inclinándose en su consecuencia al antiguo.

Dice, en primer lugar, que no es equivalente á la arena el polvo expresado; pues á éste no le derrite el fuego más intenso y voraz, como liquida la arena y sus componentes metálicos, en cuyo estado pasan éstos fácilmente á cubrir los poros que se abren en las hojas al forjarlas, cuyos poros se advierten por lo común en ellas aun después de amoladas y acicaladas con el mayor primor. Tampoco aprueba la sustitución del sebo por el jabón; alegando que ésta es una sustancia diametralmente opuesta á aquélla, y altera mucho el sistema de los antiguos, con el cual tanto renombre adquirieron sus espadas. Opina que no debía variarse aquél, y aconseja que se estudien ambos, ó sea el método primitivo y el actual, y se decida y adopte de una vez el que resulte más conveniente.

Legos en esta materia, pero haciendo uso de nuestro común entender, indicaremos de paso que no estamos conformes con las apreciaciones que hace el escritor á que aludimos. Sobre no parecemos

de gran peso las razones en que funda su opinión completamente favorable al sistema antiguo, abrigamos entera confianza de que las variaciones introducidas de nuevo en el forjado y temple de las hojas, que ahora se fabrican, responderán á causas muy justificadas. Y así lo creemos, porque bien notorios son la superior ilustración é inteligencia de los Sres. Directores, Jefes y Oficiales de Artillería, que continuamente han dirigido los trabajos y el tino especial y larga práctica de sus principales artistas y maestros de fraguas y talleres.

HILARIO GONZÁLEZ.

(Continuará.)



PATRIA—FIDES—AMOR

(Conclusión)

III

En la plaza que otras veces el árabe corrió cañas gozando de la conquista de Toledo la sultana al son de sus añafles y al estruendo de sus zambras, sobre un tablado modesto con tapices de escarlata, alza un anciano arzobispo temblorosa voz cascada. Venerable es el prelado, de luenga barba de plata, de viva ardiente pupila, de frente rugosa y calva. En la una mano sustenta la cruz metropolitana y en la otra mano vibrante esgrime flamínea espada. Con voz que en la Fe se inspira al rey y á los nobles habla y de Inocencio tercero recuerda el BREVE que ensalza la lucha de los cristianos contra las infieles armas. De los príncipes franceses enumera las hazañas: al infante de León á sus deberes le llama, pues turbulento el mancebo en Castilla ventilaba derechos poco probados de su madre Doña Urraca y á Don Pedro de Aragón y á Don Sancho de Navarra en iras contra el alarbe en frase elocuente lanza. Predica el buen arzobispo la inmarcesible Cruzada que esmaltó de gloria eterna la noble historia de España.

IV

A partir de Muruelas y cerca ya de los llanos, que á la ciudad de Tolosa ciñen en extenso campo, en la vasta superficie y con estrategia hallado tenían su real los moros por Aben-Yacab mandados. Con fortísimas cadenas guarda el árabe su campo, sus centinelas despiertos, pronto el hierro, fuerte el brazo. Púrpuras y seda y oro y metal acicalado, pieles que el Africa pinta á sus jaguares dorados, linos que blanquea el fuego de su desierto abrasado, armaduras que dan nombre los buriles de Damasco, corceles que al aire igualan, muchedumbre de soldados..... y enfrente la Cruz enhiesta el ejército cristiano!!

V

El buen Sancho de Navarra avanza con sus valientes: Alvaro Núñez le sigue cortando vidas de infieles; el infante de León á quien la lucha enardece se hace admirar por su esfuerzo entre las contrarias huestes, y Don Pedro, aquel soldado que usa de hierro la veste y engrevados pierna y muslo y desnudada la frente, frío, impasible, pelea para escarmiento de herejes, para gloria de españoles y laurel de aragoneses. Don Alvaro de Castilla manda que el combate arrecie y en lo osado del asalto allá y aquí se aparece; que donde el honor campea y á la patria se defiende y donde la vida es poco porque es lo menos la muerte, allí están los castellanos, allí Castilla está siempre. Musulmana muchedumbre á los cristianos envuelve; el estandarte de CRISTO en grave peligro vese y los reyes coligados en consejo se detienen. Por un flanco avanza luego airado Don Sancho el Fuerte, por el otro el de Aragón al agareno acomete y por el centro Castilla hiriendo y matando vence. Desechos van los musulimes, desbandadas van sus huestes y en las Navas de Tolosa la CRUZ bendita se iergue!!

VI

Hasta el Ferral los cristianos llegaron con noble esfuerzo: Vilches, Baños y Tolosa con Baeza sucumbieron y Ubeda se vió en peligro á pesar de su denuesto. A Toledo vuelve el rey con amigos y con deudos, á Toledo vuelve Alfonso y entra triunfante en Toledo, que recibe á los cruzados con laureles y festejos, alegrando á los que vuelven, llorando á los que cayeron; pues la patria agradecida alza altares en su seno de santo bendito amor á sus hijos predilectos, ya sobre el pavés se eleven, ya en la fosa yagan muertos.

VII

Laten los bronceos sagrados: la multitud adelanta en las naves de los templos, en las Iglesias cristianas. La Corte con la nobleza viste de joyas y galas, dejando tranquilo el hierro que ha logrado tanta hazaña. Toledo imperial se ostenta en su apogeo gallarda; arrulla el Tajo sus muros y sus turbulentas aguas llevan el eco del cántico de la alegría de España á contarle de Lisboa en la margen dilatada. Doncella gentil, garrida y princesa immaculada de la casa de los Castros por los suyos escoltada, en lujosa comitiva al templo cristiano avanza, y en su soberbio corcel que á la negra noche iguala, el que pisando turbantes montó en la cruda batalla, va el heredero orgulloso del noble saber de Lara. Doña Sol y Don Manrique se prosternan en las aras; bendícelos el prelado